

DE BUENAS LETRAS

Crónica de un desguace

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Hay instantes que a veces duran mucho, que tienen la incidencia profunda y homicida de notarlos eternos el hombre que los sufre, aquel que en los estigmas que le deja la lucha percibe que indelebles le llegan hasta el alma formando cicatrices que ya serán perennes, las que siempre aparecen nublándolo los ojos cuando mira de frente hasta esos paisajes que son él y los suyos, los amigos queridos, esa ciudad que siempre lo sostiene en la historia de los siglos que fueron paradigmas y glorias de hombres que sufrieron lo que él sufre y mora.

Hay instantes que duran por siempre y para siempre, momentos en que al hombre que marcha por su senda conculcan el balance que hace, paso a paso, comprobando que tiene un activo seguro que le da su presencia en medio de las cosas, que le aportan jardines que están en su mirada, los ríos inseguros que urgentes serpentean, que bajan de las nieves cruzando por las huertas, los

caminos del sur que lo llevan al mar donde tanto ha vivido, donde sueña y medita, donde a la chimenea rememora sus versos y aquellos que escribieron los maestros de siempre, donde incluso, en secreto, se permite el bosquejo de futuros posibles, y esos ratos de ensueño que tanto lo confortan junto al tinto y al queso; momentos que adicionan el deber bien cumplido, la labor que profesa con pasión y respeto, como si dependiera el todo de su nada en sus largas jornadas y en sus tantos viajes.

Suma y sigue el acervo, con los muchos amigos que encuentra caminando, que cruzan y saludan, que tienen su ocasión de palabras corteses, de cambiar impresiones sobre los tantos temas que los unen y ayudan para que el ostracismo no cunda ni se extienda, por más que la vorágine de los tiempos que corren los haga distanciarse, cerrar a veces puertas, trasladar las miradas a otros lentos paisajes, perderse en esa feria de civilizaciones que llaman preteridas, y que

tienen su gloria, su esencia y su prosapia.

Tiene también su activo un capítulo excelso, cuando apunta y arguye el cariño que lleva prendido a su familia, la pasión de quererlos, responsabilidades que le hacen perder el gesto y la sonrisa, por mor de cualquier frase que interpreta lejana, de una mueca indolente recibida a destiempo, del silencio que queda cuando se urdió un reproche que tanto devalúa el valor y la estima, por más que siempre cuide restituir urgente el equilibrio sano de mirarse a los ojos desbrozando las dudas.

En el pasivo queda lo que debe y porfía: el Dios que le reclama la oración permanente, las promesas silentes que él se hizo en secreto y que aún no ha cumplido, aunque nadie lo sepa; las veces que se dijo quiero ser un poeta de versos comprendidos, de versos acertados, de versos tan sentidos que sepan a alimento, y que no sabe hacerlos por más que siempre intenta.

Al fin, cuando resta el pasivo del activo que tiene, se encuentra en un desguace de cifras residuales que apenas si permiten sostenerlo en su sitio, mirar y ver el valle cubriéndose de nieve, otear un futuro que no suene a fracaso, pensar que en una hora, apenas, de balance, se ha quedado más triste que en todas las tristezas que vivió tantos años para que floreciera un examen perfecto, cuando ya en esta hora del alto en el camino pudiera analizar la realidad sedante, que no le importa a nadie, ni incluso a su familia, y que a él ya lo acongoja, casi lo está matando; aquella primavera que se fundió en invierno, antes de que naciera a otra etapa distinta, que luego escribirá cuando arguya en futuro.